

LA NOVELA CINEMATOGRAFICA
DEL
HOGAR

30
cts



**La Mujer
de Satanás**

MARCELA ALBANI
JACK TREVOR

EDICIONES BISTAGNE



FEIN, Rudolf-Walther

La Novela Cinematográfica del Hogar

Publicación semanal de películas seleccionadas

Directores:

AÑO I Francisco-María Bistagne Núm. 2

Liebesreigen, 1927

La mujer de Satanás

Comedia dramática, interpretada por
Marcelle Albani, Jack Trevor,
W. Dieterle, Claire Rommer, etc.



Exclusiva de

Príncipe Films, Sdad. Ltda.

Aldamar, 7 y 9

SAN SEBASTIÁN


Calle Aragón, 219

BARCELONA

POSTAL-ORDALO: POLA NEGRI

EDICIONES BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis - BARCELONA



La mujer de Satanás

Argumento de la película

1

Conrado Hassenberg, varios cientos de veces millonario, dicta a varias taquigrafas a un mismo tiempo. Su poderoso cerebro realiza con facilidad este trabajo de cortar el hilo de una carta, para reemprender el de otra y pasar así por cuatro temas distintos.

Muy rara vez la taquigrafa ha de leer las últimas palabras dictadas. Están grabadas en la mente del multimillonario.

3

En el transcurso de ellas habla de pedidos fabulosos, de ofertas y demandas que casi siempre llevan detrás la palabra "millones".

Su voz es firme y segura y de todo él emana un effluvio de energía y vigor, de salud y de dominio.

Se comprende que este hombre haya llegado tan lejos en su triunfo.

Una a una se van marchando las taquigrafas hasta que queda una sola. Esta no parece dispuesta a marcharse. Procede allí mismo a la traducción de la carta que Conrado Hassenberg acaba de dictarle. Después continúa absorta en otros trabajos, en tanto el millonario navega en un mar de papeles.

De pronto pregunta la muchacha:

—¿Has de escribir a la compañía de carbones, papá?

—Sí, pero antes he de hacer otras cosas.

—Si te parece, escribiré yo la carta. Sé lo que has de decir y cómo lo quieres decir... Quisiera estar lista dentro de media hora.

—Pues vete ya. Dictaré la carta a cualquier taquigrafa.

—No, papá. Antes escribiré la carta.

Entretanto, ha colocado en la máquina el papel y sus dedos se deslizan raudamente sobre el teclado.

En cinco minutos queda escrita la larga carta.

—Aquí está—dice dejándola en un pico de la mesa.

El señor Hassenberg se apodera de ella y la lee en tanto la joven se arregla un poco los cabellos ante el espejito que saca de un cajón de su mesa.

—Perfectamente—dice el millonario—. Esta era la carta que yo necesitaba escribir.

—Me alegro de haber acertado.

—Tú aciertas siempre. ¿Adónde vas?

—A la playa.

—Que te diviertas.

La hija besa al padre y sale del despacho rápidamente.

Los ordenanzas se cuadran al verla pasar, los empleados saludan.

* * *

Se llama Isabel la hija del millonario. Es una preciosa muchacha de cuerpo elástico y firme. La cultura física mantiene la carne en una triunfante y vigorosa juventud.

Isabel ha terminado sus estudios en la Universidad y posee una excelente cultura y una inteligencia envidiable. El señor Hassenberg no podía prescindir de ella. Isabel era su secretaria de confianza y desde que se había impuesto del negocio le ahorra la mitad del trabajo.

Educada a la moderna, tenía una libertad absoluta y entraba y salía cuando le venía en gana, sin que nadie le pidiera cuenta de su proceder.

Salta a su nuevo automóvil, de hermosa lámina y veloz como un relámpago y emprende tan rauda carrera como si pretendiera ganar una copa.

Al doblar una esquina está a punto de

atropellar a un joven que gracias a su agilidad puede saltar a la acera sufriendo tan solo un ligero golpe del guardabarro.

Isabel detiene el auto. El joven protesta. El centro de la capital no es un velódromo.

—Pero la calzada es para los vehículos —replica Isabel.

—Estoy viendo que voy a tener que pedirle perdón después de haber estado a punto de morir bajo su voraz automóvil.

—Al contrario. Soy yo quien pido perdón a usted. Pero no por eso he de consentir que me hable como me habló usted al principio.

—Señorita, le recomiendo que tome las de Villadiego. Viene un gendarme.

Isabel no se hace repetir la recomendación y se pierde como un rayo entre la multitud de vehículos.

El joven, que por cierto va muy correctamente vestido y tiene un semblante sumamente simpático, continúa su camino en dirección opuesta.

Se introduce en las oficinas del señor Hassenberg.

—El señor Hassenberg.

—No sé si podrá recibirle, señor. Está muy ocupado.

—He de verlo urgentemente.

—Lo consultaré. ¿Me hace el favor de su nombre?

—Corder, ingeniero enviado del gobierno de Migrania.

El empleado se aventura a penetrar en el despacho del señor Hassenberg.

—Un señor desea verle con urgencia.

—¿Le he dicho a usted que no se me interrumpa!

—Es muy urgente, señor.

—¡Fuera de aquí inmediatamente!

—Se trata de un enviado del gobierno de Migracia.

—¡Aunque se tratara del presidente de los Estados Unidos!

El señor Hassenberg ha dado al mismo tiempo un tremendo puñetazo sobre la mesa que ha hecho saltar varios papeles y ha hecho dar un salto mucho mayor al ordenanza, el cual se apresura a retirarse para dar al señor Corder la terrible negativa.

Varias horas después, cuando la tarde se acerca a su fin, el señor Hassenberg se levanta, da órdenes a algunos empleados y atraviesa toda la oficina para pasar a sus habitaciones particulares.

En una de ellas—un salón deslumbrante de lujo y magnificencia, hay una dama recostada indolentemente en una chaise-longue y fumando.

Para expeler el humo entorna los ojos sensualmente.

Es una mujer hermosísima. Sus ojos negros turban al que los mira fijamente, su cabello es también del color de la andrína. Sus labios tienen un color de cereza en sazón. Su cuerpo ondula con curvas de maravilla.

—Siempre fumando, Olga. ¿No comprendes que te puede hacer daño?

Olga se incorpora, arroja el pitillo en el cenicero, coge al señor Hassenberg de una

mano y le obliga a sentarse a su lado y le dice con voz mimosa:

—No quiero que mi maridito se enfade. No fumaré más... durante una hora.

—Ya sabes que lo hago por tu bien. A tu corazón no convienen ciertos excesos.

—¡Bah! Los médicos exageran.

—Sin embargo, es preciso que seas prudente...

Se levanta el señor Hassenberg.

—¿Ya te vas?

—Perdóname, pero tengo que dejar terminado un negocio de carbones que me trae de cabeza.

Un beso en la frente a su bella esposa y se va.

Inmediatamente, Olga oprime el timbre y comparece una doncella, su doncella de confianza.

—¿Has comprado el palco?

—Sí, señora. Lo he podido adquirir pagando una fuerte prima. Está todo el teatro vendido.

—Es natural. Trabaja el ídolo del público y hay estreno.

—Esta noche estará el teatro lleno de miradas indiscretas.

—Sé lo que quieres decir. Que sea prudente, que podían contarle a mi marido lo



No quiero que mi maridito se enfade.

que vieran. Pues bien, que se lo cuenten. ¿Tiene acaso algo de particular que una mujer conozca a un actor y admire su trabajo?

—Lo imprudente es entrar a su camerino a saludarlo.

—Eso no lo ve nadie.

—Supóngase usted que esta noche tuviera la ocurrencia de ir al teatro la señorita Isabel.

—¡Bah! Mi hijastra es de las de mi bando. Como no quiere que le pidan explicaciones sobre sus actos, tampoco las pide a las demás.

—Sin embargo, ¿cree la señora que su hijastra la quiere bien?

—Es natural que no sea así. Yo vine aquí a ocupar el puesto que dejó vacío su madre al morir. Esto a ella ha de parecerle una usurpación. Siempre pasa igual. Pero mi hijastra tiene buen criterio de no molestarme para nada como yo no la molesto a ella... Y dejemos esta conversación enojosa. Prepárame la ropa. Esta noche no ceno en casa. Cuidate tú de decirselo a mi marido.

II

Pablo Neurath, el actor de moda, era uno de los pocos hombres que son completamente felices en la vida.

Tenía una esposa a la que amaba con ternura de novio y esposa al mismo tiempo y era correspondido con creces por ella. Juana, que así se llamaba su esposa, era una verdadera santa. Los éxitos que Pablo cosechaba en el cine y en el teatro habían hecho de él un ídolo del público, y especialmente del público femenino y esto, en vez de inspirarle celos, la envanecía. Era una vanidad infantil, desprovista de malicia, que no le ocultaba a Pablo. Bien es verdad que no le ocultaba nada, no habiendo, por lo tanto, motivo de que le ocultara aquéllo.

Pablo no podía atender a todos los compromisos que firmaba. Aquel día, por ejemplo, se acercaba la hora del teatro y aun no habían empezado a rodar la escena que tenía que filmarse en los estudios cinematográficos a que pertenecía.

Pero para estos casos, Pablo conocía una solución muy fácil de poner en práctica. Se cambió rápidamente de ropa y salió acompañado de su criado sin despedirse de nadie.

—En este momento le andaban buscando, señor, para comenzar—dijo el criado.

—Todo lo que puedo hacer es descartarle que me encuentren.

Cuando llegó a casa ya estaba preparada la cena, gracias al cuidado de Juana.

—He de irme en seguida. Ya sabes que las noches de estreno son terribles.

—Por eso lo he mandado preparar todo.

Mientras cenaban, Juana procuró animar a su marido.

—Has despertado verdadera expectación esta vez, a juzgar por las cartas y telegramas que has recibido.

—¿Hay alguna de alguien conocido?

—Por ti tal vez. Por mí, no.

—¿Cómo se entiende? ¿Conozco yo a alguien que tú no conozcas?

—Seguramente. Casi todas las cartas y telegramas son de mujeres... y algunas bastante cariñosas.

—En eso no te fijas. Se permiten libertades que nadie les da. Por lo demás creo que no cometerás la puerilidad de dudar de mí.

—Eso nunca, Pablo, pero...

—¿De modo que hay un pero? A ver, a ver.

Esa Olga Petrojewa...

—Esa es como todas. ¿En qué puede diferenciarse?

—En su belleza extraordinaria y en su tenacidad. Es una mujer que ha conseguido siempre lo que se ha propuesto. Se empeñó en casarse con Hassenberg y ahí la tienen. Ni su entereza ni su seriedad, ni el cariño de su hija le sirvieron de nada. Realmente es una mujer fatal.

—Por esa parte, Juana, podemos estar bien tranquilos. Lo ruso no me gusta ni en las obras de teatro.

* * *

En efecto, allí estaba Olga, en un palco, magnífica en su esplendor y en su belleza. Todas las miradas se concentraban en aquella mujer, las de los hombres para admirarla y las de las mujeres para envidiarla.

Pablo había dado órdenes de que no se dejara pasar a nadie a su camerino, pero al saber que uno de los que habían dejado tarjeta era Enrique Corder le mandó a buscar por todo el teatro.

Cuando terminó el primer acto, ya estaba Corder en el camerino y Pablo despreció los aplausos del público, con tal de abrazar cuanto antes a su amigo de la infancia.

—¡Qué alegría, Enrique! ¿Quién me había de decir que nos veríamos hoy!

—¿Cómo está Juana?

—Perfectamente. Ve a verla después. Se alegrará mucho. Si supieras las veces que hablamos de ti.

—Si te parece, a la salida del teatro te acompañaré a casa.

—¿Cómo si me parece? Lo que siento es no poder marcharme ya.



... allí estaba Olga, en un palco.

Ullamaron de pronto a la puerta. Por la voz conoció Pablo al empresario y le hizo pasar. Iba a felicitarle, pero Pablo le interrumpió:

—Voy a presentarte a un gran amigo, Enrique Corder.

Y después, dirigiéndose a Enrique:

—Gerardo de Perac, empresario de este teatro y también íntimo amigo mío. Con decirte que no hemos tenido una palabra más alta que otra siendo él empresario y yo actor...

—Realmente es un caso único.

—Acompáñale tú, Gerardo, mientras yo estoy en escena—suplicó Pablo.

—Puedes marcharte tranquilo. Corder es ya un amigo mío y yo sé tratar a los amigos.

En tanto Pablo de Neurath se hallaba en escena, entre el empresario y el ingeniero se entabló una animada conversación.

Enrique explicó al nuevo amigo las causas de su viaje.

—El gobierno de Migrania necesita ciento sesenta millones para dar cima a un vasto plan de mejoras y me envía a solicitarlos del multimillonario Hassenberg.

—¿Hassenberg? Es muy amigo mío. Si puedo servirle en algo...

—Hacer que me reciba. No lo he conseguido esta mañana.

—Descuide usted que mañana será recibido.

—Es una feliz casualidad que conozca usted a Hassenberg.

El y su esposa son muy amigos míos. Por cierto que la esposa es también amiga de Pablo, aunque no tanto como ella quisiera.

—¿Qué quiere usted decir?

—Lo que usted oye. Y se lo cuento porque todo el mundo lo ve y lo sabe. Esa mujer anda loca detrás de Pablo.

—Y Pablo...

—Pablo idolatra a su mujer y la desprecia olímpicamente. Creo que ella nos servirá para lo que usted quiere. Esta misma noche me ha enviado varios recados diciéndome que necesita ver a Pablo, pero él se niega a recibirla. Pues bien, si yo la dejo llegar hasta el camerino, estoy seguro de que mañana sale usted de casa de Hassenberg con el cheque en el bolsillo.

—Pero ese plan puede tal vez molestar a Pablo.

—No lo crea usted. Pablo se la quita de encima con suma facilidad.

Y en seguida puso su plan en práctica. Mientras Pablo terminaba de representar el segundo acto, fué a hablar con Olga y le recomendó a su nuevo amigo explicándole lo que deseaba.

Al oír el nombre de Enrique Corder, Olga tuvo que hacer un esfuerzo para disimular su sorpresa.

—Haré lo que usted me pide—repuso—; pero a condición de que mañana por la noche, lo traiga usted a casa en calidad de invitado a mi fiesta. Quiero conocerlo para saber quién es mi recomendado.

III

A la mañana siguiente, Enrique Corder fué recibido y atendido por el millonario.

—Trae usted una buena recomendación, amigo mío, y es muy posible que se salga con la suya. ¿Quiere explicarme en qué

consiste el plan del gobierno que usted representa?

Enrique lo explicó minuciosamente. Consistía en tender varias líneas de ferrocarril que permitirían explotar ciertos yacimientos petrolíferos de modo que el producto pudiera ofrecerse a un precio muy bajo.

—La idea me gusta — repuso Hassenberg —, pero me permitirá estudiar el asunto durante veinticuatro horas.

Por la noche Gerardo cumplió su palabra llevándolo a casa del millonario para presentarlo a Olga.

Al ver Enrique a la esposa del millonario recibió tal impresión, que Gerardo le preguntó con extrañeza:

—¿Acaso se conocían ustedes ya?

—No — se apresuró a contestar Enrique —, pero se parece tanto a otra dama conocida por mí, que hubiera jurado que era ella.

Un amigo vino a llevarse a Gerardo y entonces quedaron Olga y Enrique frente a frente.

—¿Tú eres Olga Petrojewa!

—La misma. Todavía me acuerdo cuan-

do me hiciste encarcelar en Bayrouth por espía.

—Ahora comprendo ese interés de que me trajeran a tu casa.

—Pues todavía lo comprenderás mejor cuando hablemos.

—Creo que tú y yo tenemos que hablar muy poco.

—Olvidas que el éxito de tu empresa está en mi mano.

—Bien — replicó Enrique —. Sé lo que vas a pedirme: que no diga nunca a tu esposo quién es su mujer. De acuerdo. Por ese lado puedes estar tranquila.

—Hay algo más. No solamente mi marido no ha de saber nunca que yo he sido una aventurera, sino que no te has de interponer entre Pablo de Neurath y yo. Sé que eres su amigo y que te interesas mucho por su felicidad.

—No hay nada de lo dicho, Olga. Es más. Si atentas contra la felicidad de ese matrimonio, te aseguro que Hassenberg sabrá quién es su esposa.

—Piensa que fracasará en la empresa que se te ha confiado.

—Lo prefiero todo a presenciar de brazos cruzados cómo Pablo de Neurath se hunde en la ignominia.

Para hacer sus palabras más definitivas



—... tengo en mi mano el éxito de tu empresa.

se dirigió al vestíbulo con ánimo de continuar su camino hasta la calle. Pero he aquí que el señor Hassenberg, que pasaba por allí en aquel momento, le detuvo.

—¡Hola, joven! No sabía que estaba usted invitado a la fiesta.

Pero Enrique, en vez de contestar, miraba a Isabel fijamente. E Isabel le correspondía del mismo modo.

—¿Conoces acaso a este señor?

—Sí, papá. Es el que se arrojó sobre mi auto.

—¿De modo que éste es el suicida?

—Sí, papá.

—Perdón, señorita, si la contradigo; pero me parece que fué su auto el que se arrojó sobre mí.

—No puedo consentir que insulte usted a mi auto.

—Le recomiendo, amigo Corder—intervino el padre—, que si quiere usted ser amigo de ella no le lleve la contraria.

—Siendo así, reconozco que he sido yo el que ha atropellado a su automóvil, señorita.

Isabel se echó a reír de buena gana y le tendió la mano.

—Usted y yo seremos muy buenos amigos. Vete, papá. Yo haré los honores de la casa al señor Corder.

La simpatía arrolladora de Isabel y la nobleza de su corazón, cualidades que también poseía en abundancia Enrique Corder, dieron por resultado que el ingeniero saliera de aquella casa felicitándose de haber asistido a la fiesta.

* * *

Al día siguiente, cuando Corder fué a visitar de nuevo a Hassenberg como estaba convenido, para recibir la respuesta que tanto le interesaba, le sorprendió muy agradablemente, ver en el despacho a Isabel, escribiendo a máquina con una rapidez y seguridad portentosas, sin copiar de ninguna parte, lo que demostraba que su pensamiento se deslizaba con idéntica facilidad y firmeza.

—¡Buenos días, señorita! Vengo a ver a su papá. Creí que estaba aquí.

Ella le acogió afablemente.

—Mi padre no está, pero yo estoy enterada de su asunto. Todavía no hemos ter-

minado su examen, pero puedo adelantarle que no nos desagrada.

Al oírla hablar en plural, Enrique Corder quedó todavía mucho más asombrado.

Permaneció un instante en silencio.

—Usted comprenderá mi estupefacción, señorita. Que una mujer de su clase ocupe un puesto tan alto en un negocio como éste, es realmente asombroso.

—Felizmente, he aprendido mucho de mi padre.

—Además, no sé cómo agradecerle las palabras halagüeñas que acaba usted de dirigirme al referirse a mi solicitud. ¿Qué he hecho yo para merecer tanta generosidad por su parte?

—No es nada extraordinario hacer justicia. El negocio que le ha traído aquí me parece aceptable y se lo digo sinceramente.

—Perdón, señorita, pero voy a dudar un poco de esa sinceridad. Sólo una recomendación pudo hacer que su padre me atendiera. A usted, en cambio, no me ha recomendado nadie.

—Una recomendación para mi padre es también una recomendación para mí. Mi

padre mira con interés su proposición y eso me basta.

—Acaso voy a ser extremadamente sincero, pero quiero decirle que desde anoche tiene para mí la proposición un interés muy relativo. No me refería a eso. Me refería a la bondad con que me acogió usted anoche... Por Dios, no se enoje. Si la molesto me callaré o me marcharé en el acto. Pero es que reventaría si no le dijera ahora lo que le estoy diciendo. Desde anoche no se ha apartado usted de mi pensamiento. Usted me ofreció espontáneamente su preciosa amistad y le pido que me dé una prueba de amiga escuchándome. Anoche me pareció usted una mujer perfecta. ¿Qué no será ahora, que veo sumada a sus virtudes la del talento? Sólo le pido a Dios una cosa. Que me depare una mujercita semejante a usted.

Salió a relucir la muchacha moderna.

—¡Pero si eso es una declaración, amigo Corder!

—Le aseguro a usted que no ha pasado ni puede pasar por mi pensamiento semejante osadía. Y para demostrárselo, no vol-

veré a esta casa como usted no me diga que vuelva.

—Pero, ¿y los ferrocarriles?



... y le pido que me dé ahora una prueba de amiga escuchándome.

—Daré el asunto por fracasado. Todo, antes de que usted pueda pensar mal de mí.

—Está bien; pues le ordeno a usted que vuelva.

Y volvió una y otra vez. Poco a poco fue-

ron olvidando el asunto de los ferrocarriles y cuando se dieron cuenta estaban enamorados.

Entonces Enrique suplicó a Isabel que influyera acerca de su padre para que rechazara su petición. Otra cosa podría dar al amor del ingeniero un viso de interés.

Pero Isabel, con su habitual franqueza, exclamó:

—Ahora consentiré menos que nunca que mi padre rechace el negocio. Sería estúpida si hiciera fracasar a mi prometido.

IV

Entretanto, Olga había adelantado mucho en sus propósitos acerca de Neurath. Había puesto en práctica una diabólica estratagema. Los periódicos anunciaron que una aristocrática dama se había propuesto costear una gran película, cuyo producto

se destinaría íntegro a una fundación benéfica. La película tenía ya título, un título seductor por cierto, "La mujer de Satanás", y el empresario contrató a Neurath para dirigirla. El no quería aceptar alegando que tenía exceso de trabajo, pero se le hizo una oferta tan magnífica que renunció a otros contratos para aceptar éste. Y cuando el cuadro artístico fué presentado, Pablo vió que el papel de protagonista corría a cargo de Olga Petrojewa, que al mismo tiempo era la que costeaba la película.

Le pareció una cobardía pueril volverse atrás entonces y continuó firme en su puesto.

Entonces sucedió lo que él no esperaba, y, en cambio, temía su esposa... ¿Cómo?... ¡Era tan hermosa Olga! ¡Y era tan astuta!

Cuando Pablo se dió cuenta, ya no tenía remedio su mal. Olga aprovechaba todos los momentos propicios del ensayo para dirigir sobre él el influjo de su coquetería. No desperdiciaba ocasión de hacer resaltar su belleza extraordinaria. Le perseguía, le acosaba.

Y Pablo iba sucumbiendo como tantos otros habían sucumbido.

Juana, que al saber quién era la prota-



... para dirigir sobre él el influjo de su coquetería.

gonista de la película famosa se había puesto en guardia, comenzó a darse cuenta de lo que ocurría.

Ella conocía a Pablo tan bien como a

si misma y leía en su pensamiento y en su alma.

Un día que se atrevió a aludir a lo que en realidad ocurría, repuso Pablo con tanta indignación y brusquedad, que ella quedó convencida de la verdad de sus sospechas.

Nunca la había tratado su marido tan ásperamente y esta aspereza fué creciendo hasta constituir para Juana un verdadero martirio.

Un día no pudo más y exclamó deshecha en lágrimas:

— Ya decía yo que esa mujer sólo quería mi desgracia.

— ¡Bah! No digas tonterías. No hay nada tan ridículo como los celos. De poco tiempo a esta parte parece que sólo te preocupas de hacerme la vida imposible.

Y se fué, dando un tremendo portazo.

Y Juana pensó:

— ¿Quién hace la vida imposible a quién?

* * *

Se presentó en el camerino sin decirle nada.

Pablo se mostró extrañado al verle.

—¿Qué te trae por aquí a estas horas?

Verdaderamente, era raro que Enrique acudiera al teatro. No lo hizo desde la primera noche de su permanencia en la urbe.

Vaciló antes de responder:

—Pablo... Vengo de ver a la señora de Hassenberg... Yo no tengo derecho a mezclarme en tus asuntos privados, pero sí tengo el deber de decirte que esa mujer es peligrosa.

Pablo se puso en pie en un movimiento de indignación.

—¿También tú? Pero, ¿es que os habéis creído todos que yo soy un niño que empieza a vivir ahora?

—Perdóname que insista, Pablo. Sé que te resulto enojoso. Pero... tú no sabes quién es esa mujer.

—Prefiero ignorarlo a creer lo que tú me cuentas. Si fuéramos a dar crédito a las palabras ajenas, mi amistad contigo habría terminado.

—No me extraña que diga atrocidades de mí. Y si tú estuvieras en tu juicio eso bastaría para que dedujeras qué clase de

mujer es Olga Petrojewa... Pero no me importa lo que esa desdichada pueda decir de mí. Lo que me importa es salvarte. Pablo, amigo mío, piensa en tu Juana, en esa santa que no merece sino veneración y respeto.

Pablo se mostraba cada vez más nervioso.

—Mira, Enrique. Si quieres que sigamos siendo amigos, no me vuelvas a hablar de ese asunto.

Llegó el traspunte:

—Señor Neurath, a escena.

Y con un seco "adiós", Pablo se despidió de Enrique.

V

Entretanto, el ingeniero e Isabel se querían cada vez más y se buscaban a todas horas, en la oficina de Hassenberg, en el paseo, en las reuniones.

En uno de estos encuentros, Isabel se fijó en los gemelos que Enrique llevaba en los puños. Eran realmente curiosos. Una inscripción en caracteres chinos los cruzaba.

—¿Qué dice aquí?—preguntó Isabel.

Y Enrique tradujo:

—“Tuyo hasta la muerte.”

Isabel se estremeció.

—¿Caramba, hombre! Bien podían haber elegido otra palabrita.

—Hay ciertas cosas, Isabel, que sólo se pueden expresar de un modo. Si dijera, por ejemplo: “Tuyo toda la vida”, no sería lo mismo. En este caso, la trágica palabra sirve para dar una idea de sacrificio y para producir una emoción honda que sea reflejo exacto de un sentimiento igualmente profundo. Yo no te podría hablar de otro modo si quisiera decirte nada más que aproximadamente lo que te amo.

—Entonces, prefiero que no me lo digas.

A todo esto, el asunto de los ferrocarriles estaba sin resolver.

El señor de Hassenberg mostraba deseos de quitárselo cuanto antes de encima y varias veces había ido en busca del ingeniero para darle cuenta de su aceptación, ya que el ingeniero no iba a pedirle la respuesta; pero Enrique huía de él como el ratón del gato.

En cuanto a Isabel, sucedía algo semejante. Cada vez que su padre intentaba aludir al negocio del ingeniero, recordaba ella instantáneamente que había de marcharse y le dejaba con la palabra en la boca.

El señor Hassenberg no comprendía la causa de aquellas anomalías, pero se indignaba lo mismo que si las comprendiera. El señor Hassenberg estuvo más de una vez a punto de echarlo todo a rodar y de enviar al cuerno a su hija Isabel, a Migrania y al representante de su Gobierno, aunque no sabía que lo que Enrique y su hija perseguían era únicamente dilatar aquel asunto para retrasar al mismo tiempo la vuelta del ingeniero a su país.

* * *

Por fin consiguió Olga lo que pretendía. Aquella noche acudiría Pablo a su casa. El señor Hassenberg estaba ausente. Isabel tenía sus habitaciones al otro lado de la casa. Nada sería un obstáculo para sus planes.

La enorgullecía por anticipado el triunfo de ver rendido a sus pies a aquel hombre mundialmente idolatrado y que tan difícil se había mostrado en un principio.

Una llamada telefónica de la doncella de Juana, puso a Enrique al corriente de algo grave que ocurría en casa de Pablo Neurath.

Acudió prestamente el amigo y vió que Juana se disponía a marcharse.

Tenía los ojos hinchados de llorar. En toda ella se advertían huellas de recientes y muy profundos sentimientos.

—¿Qué es eso, Juana? ¿Se van ustedes de viaje?

—Me voy yo sola.

—¿Qué ha pasado, amiga mía? ¿Puedo ofrecerle mi ayuda?

—Pablo ha ido esta noche a casa de esa mujer, y porque le he dicho que lo sabía y le he suplicado que entrara en razón, que no arrojara sobre mí tan gran vergüenza, me ha llamado espía, y me ha amenazado con la separación. Pues bien; voy a ahorrarle trabajo. Obtendrá la separación que desea.

—¿Por Dios, Juana! Tenga usted paciencia. Ya que él no razona, razone usted por los dos. Desista usted de ese viaje, con el que no lograría sino empeorar las cosas. Espéreme aquí. Yo le aseguro que regresaré con Pablo.

* * *

En efecto, Pablo se hallaba ya en las habitaciones de la señora de Hassenberg.

Por fin iba aquella mujer, aquella loca,

a obtener lo que tan largamente había perseguido.

Pero he aquí que como si una mano justiciera quisiera impedir la consumación del delito, apenas cruzado el saludo con su idolatrado Nenrath, apenas lo hizo sentar a su lado para envolverlo en sus caricias, sintió Olga como si una mano estrujara su corazón y lo hiciera pedazos.

Era uno de aquellos ataques que otras veces había tenido, aunque nunca tan decisivos como ahora. Le faltaba la respiración. Se sentía morir. Se aferró a las solapas de Pablo y aspiró:

—Me muero... me muero...

Pablo, horrorizado, trató de desprenderse de aquellas manos que le sujetaban tan fuertemente como si fueran de hierro. Pero no lo consiguió hasta que la faz de Olga quedó completamente rígida, en tanto sus ojos, impávidos y muy abiertos, se fijaban en él.

Cada vez más dominado por el terror, retrocedió arreglándose instintivamente el deshecho nudo de la corbata. Pegado a la pared y mirando estúpidamente el cadá-

ver, estuvo no sabía cuánto tiempo. De súbito se abrió la puerta y apareció Enrique.

VI

Quedó estupefacto al contemplar el cuadro que se ofrecía a sus ojos.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó a Pablo.

—No sé... Ha caído de pronto... ha muerto. El corazón, sin duda...

Enrique se dió cuenta rápidamente de lo comprometido de la situación. Aquello significaba el escándalo. El lugar de Pablo quedaría irremisiblemente deshecho si la noticia de que él estaba con Olga en el momento de su muerte trascendía al público.

Lo principal es que salgas tú de aquí inmediatamente, sin que nadie te vea.

Le arregló un poco las desordenadas ropas y le empujó hacia la puerta.



... retrocedió arreglándose instintivamente el deshecho nudo de la corbata.

Después arregló también las ropas revueltas de la difunta, buscando al mismo

tiempo entre los pliegues del vestido, el fero de la *chaise-longue* y la alfombra, por si había quedado allí alguna huella de la presencia de Pablo.

Dejó pasar un momento, y cuando supuso que Pablo estaba ya lejos de la casa, salió de la habitación dando voces.

Acudió la doncella. Enrique le dió una versión imaginaria de los hechos. Pasaba por allí en busca de un criado que le anunciara a Isabel. Vió la puerta abierta y a la señora caída en una postura extraña sobre la *chaise-longue*. La llamó. Al no contestarle, entró en la habitación. No se movía. No le había encontrado el pulso. Sin duda se trataba del último y temido ataque.

Se avisó inmediatamente al médico, el cual certificó la muerte a causa de un ataque cardíaco.

Desde aquel momento, Enrique no cesó de dar órdenes a los criados. Se telegrafió a Hassenberg, se avisó a Isabel. El ingeniero permaneció toda la noche en aquella casa y sólo de madrugada, cuando hu-

bo llegado el señor de Hassenberg, determinó retirarse a descansar.

Pero en el vestíbulo le salió Isabel al encuentro.

—Toma— le dijo friamente—. Hemos encontrado este gemelo tuyo enredado en el vestido de mi madrastra. Esto hace más absurda todavía tu explicación de lo que sucedió anoche en la habitación de la difunta. Supongo que tendrás el talento de comprender que todo ha terminado entre nosotros.

* * *

Anonadado, salió Enrique a la calle. Había conseguido salvar a Pablo, pero se había hundido él. Como un autómata se dirigió a casa de sus amigos y llegó en el momento en que Juana perdonaba al pecador.

Por el semblante de Enrique, Pablo, que se arrojó en sus brazos para darle las gracias y llamarle hermano, comprendió que algo más grave que lo que él ya sabía, le había ocurrido.

Y tanto empeño demostró Pablo en co-



... y llegó en el momento en que Juana perdonaba al pecador.

nocer las causas de aquella nueva tristeza, que Enrique hubo de contárselo todo.

* * *

Habían pasado algunos días. Estaba Enrique preparando el equipaje para regresar a su país, cuando sonaron unos golpecitos en la puerta de su cuarto del hotel.

Quedó perplejo al abrir y ver a Isabel ante la puerta.

Retrocedió, sin fuerzas para formular una pregunta, ni siquiera para contestar al saludo de Isabel.

Vengo a pedirte perdón por haber pensado mal de ti. Tu amigo Pablo me ha contado toda la verdad. Aun llegaríamos a tiempo de ser felices.

Esto era tan hermoso y tan repentino, que la estupefacción de Enrique aumentó en vez de disminuir.

—¿Qué dices a eso? ¿Ni siquiera merece mi súplica una contestación?

—Sí—dijo al fin Enrique—. Una contestación merece. Y la contestación es ésta.

Y la rodeó con sus brazos y le dio el primer beso, un beso que fué una promesa de amor inquebrantable, de fidelidad eterna...

FIN

Ha sido revisado por la censura.

Esta semana:

La vida, el deseo y la víctima

Novela cumbre de
ALFONSO VIDAL Y PLANAS

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbà, 16; MADRID: Caños, 1

Tip. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

La Novela Cinematográfica del Hogar

**aparece los sábados y sólo publica
asuntos de buen gusto**

Número 1: Puertas cerradas
por Virginia Valli

Postal-bicolor: JANET GAYNOR

Número 2: Madre pecadora
por Irene Rich

Postal-bicolor: CHARLES FARRELL

Número 3: Estrella simbólica
por George O'Brien y Sue Carol

Postal-bicolor: MARY DUNCAN

Número 4: La Losa del Pasado
por Ellen Foster y Donald Keith

Postal-bicolor: EDMUND LOWE

**Lea y recomiende La Novela Cine-
matográfica del Hogar**

**Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica**

¡Lo mejor del cine!

Últimos éxitos:

La senda del 98

Espejismos

Evangelina

Orquídeas salvajes

El Caballero

Egoísmo

La máscara del diablo

El pan nuestro de cada día

Vieja hidalguía

Posesión

Acaba de aparecer:

TENTACIÓN

por GRETA GARBO

Esta semana:

LA PECADORA

por Lucy Dornale

Precio: 1 peseta

8. 19-2-6/8

Formidable éxito de

La Novela EVA

Publicación semanal
de novelas modernas

Precio: 50 cts.

Éxito verdad de

La Novela ADAN

Compañera de la no menos atractiva EVA
Publicación semanal

Precio: 50 cts.

Éxito verdad de

La Novela para todos

Publicación semanal de novelas
para todos. Excelentes asuntos

Precio: 30 céntimos

Ediciones BISTAGNE



Paseo de la Paz, 10 bis

Teléfono 14661

BARCELONA